

Homilías para la fiesta de Todos los Santos

+ Lectura del Santo Evangelio según San Mateo

En aquel tiempo, subió Jesús a la montaña, se acercaron sus discípulos, y él les enseñaba, diciendo:

*“Dichosos los pobres en el espíritu,
porque de ellos es el Reino de los Cielos.*

*Dichosos los sufridos,
porque ellos heredarán la tierra.*

*Dichosos los que lloran
porque ellos serán consolados.*

*Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia,
porque ellos quedarán saciados.*

*Dichosos los misericordiosos
porque ellos alcanzarán misericordia.*

*Dichosos los limpios de corazón,
porque ellos verán a Dios.*

*Dichosos los que trabajan por la paz,
porque ellos se llamarán los hijos de Dios.*

*Dichosos los perseguidos por causa de la justicia,
porque de ellos es el Reino de los Cielos.*

*Dichosos vosotros cuando os insulten,
os persigan y calumnien por mi causa.*

*Estad alegres, porque vuestra recompensa
será grande en el Cielo.”*

Palabra del Señor.

Homilías

(A)

Sabemos que la Iglesia de Dios tiene detrás muchos años de historia. A través de los siglos, en la Iglesia ha habido

muchas personas que se han esforzado por vivir los valores del evangelio. Desde el principio, a todos los cristianos se les llamaba santos, pero en las comunidades cristianas pronto se empezó a mirar con admiración y con un respeto especial a las personas que habían vivido con intensidad su vida cristiana. En las comunidades cristianas, esas personas eran ejemplo, los héroes, los modelos a seguir. Sin duda, esas personas ayudaban a todos a entrar en la hondura hermosa de la experiencia cristiana. Se les llamó santos porque en sus vidas se veía un cierto reflejo de la bondad y la santidad de Dios. Luego, con el correr de los siglos, ha habido tanta gente buena en la Iglesia de Dios que no era posible incluirlos a todos en una lista, ni siquiera recordar sus nombres. Por eso, la Iglesia instituyó la fiesta de Todos los Santos para dar gracias a Dios por tantas personas buenas y para recordarnos a todos nuestra vinculación con ellas.

La primera lectura habla de una muchedumbre inmensa, que nadie podía contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas. Dice que vienen de la gran tribulación. Es decir: no vienen de una vida cómoda, sin esfuerzos, sin luchas. Son personas que abrazaron en sus vidas el evangelio de Jesús y contribuyeron a cambiar nuestro mundo, cada uno desde su sitio y con los dones que Dios les dio. A algunas de esas personas las hemos conocido y hemos llegado a saber sus nombres y algo de su historia. Son los santos, canonizados o reconocidos oficialmente como tales. Pero a otros muchos no los hemos conocido ni hemos llegado a saber sus nombres. Son para nosotros santos anónimos que pasaron su vida haciendo el bien y que, gracias a ellos, nuestro mundo funciona un poco mejor.

Jesús, en el evangelio, enumera algunos detalles de sus vidas. Son pobres porque no pusieron las riquezas como lo principal de sus vidas. Son sufridos porque fueron personas capaces de aguantar mucho y de sufrir malos ratos sin echarse para atrás. Son hombres y mujeres que tienen hambre y sed de justicia porque tuvieron hambre y sed de hacer las cosas bien y reflejaron en sus vidas la bondad de Dios. Son misericordiosos, compasivos, capaces de disculpar y perdonar a todos, pero, sobre todo, capaces de compadecerse de los más desgraciados del mundo. Son limpios de corazón, transparentes como los niños, sin malas intenciones,

diciendo siempre la verdad con sus palabras y con sus vidas. Y dice Jesús que les llamarán «hijos de Dios» porque trabajaron por la paz. Son esas personas que contagiaron paz, que daba gusto estar con ellas, que infundían ánimos y esperanza. Recordamos que la paz de Dios nace de las cosas bien hechas. Pero esas personas, igual que Jesús, también sufrieron el rechazo y la oposición de otras gentes. También en eso reprodujeron en sus vidas los rasgos de Jesús. Cada santo es una obra hermosa de Dios, un regalo maravilloso de Dios para nuestro mundo. Todas esas personas recibieron en sus almas la bondad y la santidad de Dios y han hecho más humano y más habitable nuestro mundo. Quiero pensar que los cristianos que estamos celebrando esta fiesta también participamos de esa santidad que regala Dios. Este día también es nuestra fiesta. Estamos haciendo nuestro mundo más humano y más habitable. Podemos sentirnos miembros de esa familia inmensa de santos en la que Dios también nos regala a nosotros sus rasgos más hermosos.

(B)

Hoy, fiesta en honor de todos los Santos, y mañana, día de recuerdo especial para nuestros familiares y amigos, que se han ido en el último viaje, son fechas que tienen un colorido especial: de añoranza y esperanza, de tristeza y alegría... Viajes a los pueblos de origen, visitas a los cementerios, adorno de las tumbas y panteones familiares, compra de flores, encargo de misas... Todo esto va unido a una antigua tradición familiar cristiana. Son días de un recuerdo especial para los seres que nos han sido muy queridos que han partido de entre nosotros. Ya no están en la casa, pero de alguna manera los queremos retener por medio de símbolos que expresan amor, como son las flores y la oración. Son las dos formas que mejor expresan nuestro cariño, como humanos, y nuestro deseo, como cristianos, de que vivan junto a Dios y sean felices para siempre. Una pequeña flor es símbolo suficiente para expresar nuestro amor y gratitud. Las flores son hermosas y agradables, perfuman y alegran el paisaje. Una flor significa amor, entrega y cariño. Todo lo que se diga de una flor es poco.

Pero en este día se abusa de este símbolo tan hermoso: competencia a la hora de adornar las tumbas, olvido de los que no tienen personas o familiares cercanos...

Con el dinero que gastamos en este día, nuestros cementerios podrían ser unos jardines todo el año, pero, en realidad, son unos zarzales el resto del año.

Pero los cristianos, en este día, no nos podemos quedar sólo con el símbolo de las flores, por muy bonitas que sean. Los creyentes tenemos que dar un paso más y unirnos a nuestros seres queridos a través de la oración.

Tampoco se trata de encargarse muchas misas ni de rezar muchas oraciones de memoria. Se trata de algo muy distinto. Las flores son signo de cariño y amor; la oración es para recordar que están junto a Dios y son felices para siempre.

Nos lo acaba de decir el Evangelio:

- Felices los que miran la vida como un servicio y la gastan en hacer dichosos a los demás...
- Dichosos los que, a pesar de los golpes de cada día, se levantan de nuevo y siguen adelante...
- Alegres los que siempre piensan bien de los demás y tratan de comprender sus defectos...
- Afortunados los que no dan ninguna importancia al dinero y les sobra para que los demás puedan comer...

Vamos a seguir unidos a nuestros santos en el cielo y a nuestros seres queridos en la oración más importante que nos concentra a todos los creyentes en Jesús muerto y resucitado. En ella recordamos que Jesús, y todos los que le siguen, han pasado a una vida nueva y feliz para siempre.

(C)

Bernanos se lamentaba de que “puede conocer a un cardenal desde muy lejos por su hermosa capa escarlata, mientras que a un santo durante su vida, no se le distingue por ningún hábito especial...”

Sí, pero es que la santidad no necesita ningún tipo de vestido vistoso. Y normalmente no se abre camino a base de hechos espectaculares...

Cuando uno lee los testimonios presentados en los procesos de canonización de los santos por parte de individuos que han vivido codo a codo con el personaje en cuestión. Muchos exclaman: “Nunca caí en la cuenta de que fuese un santo..” Sí, ciertamente era “bueno, generoso, paciente, rezaba, trabajaba...Pero nada especial...”

En muchas personas todavía está enraizada la idea de que los santos han de caminar con aureola en la cabeza y que su tarjeta de identidad tiene un sello especial del Padre eterno..

La fiesta de hoy sirve, entre otras cosas, para corregir este equívoco.

Nos recuerda que los santos caminan por nuestros caminos, que están en medio de nosotros, se dedican a nuestras mismas ocupaciones ordinarias, y tienen sobre la cabeza, no los soportes de la aureola, sino nuestros mismos problemas, dificultades y preocupaciones.

En una palabra hoy es la fiesta de la santidad anónima, con vestiduras pobres, que pasa inadvertida.

Es la fiesta de los innumerables santos, no relacionados en el calendario oficial de la Iglesia. Gente tan igual a nosotros, y tan distinta al mismo tiempo.

Es, hoy también, una fiesta de la reparación: En el sentido de que hoy se remedian tantos olvidos, tantas distracciones. En efecto, con mucha frecuencia no estamos atentos, no caemos en la cuenta de los santos que viven entre nosotros, porque nuestra enfermedad se llama milagrismo y tenemos necesidad de hechos excepcionales.

Y estos tienen el inconveniente de vivir silenciosamente, se contentan con “ser”. No son expertos en publicidad. No hacen nada por llamar la atención.

Pero al mismo tiempo, es una fiesta incómoda. Porque nos recuerda que la santidad es un asunto, que nos toca de cerca, porque es un compromiso asumido desde nuestro bautismo. ...

Nosotros hemos realizado con los santos una operación de “alejamiento”: Les hemos adornado con vestiduras extraordinarias, milagros en la mano, prodigios a cada paso, los hemos colocado en ornacinas muy altas. Les hemos puesto en

unas órbitas que nada tienen que ver con nuestro caminar de cada día.

Les hemos rodeado de veneración, respeto y los mantenemos a una distancia prudente. Pero ni tan siquiera se nos pasa por la cabeza que esa santidad pueda inquietar nuestra vida, nuestros comportamientos y actitudes ...

Hemos construido una santidad que es más para “gigantes” que pertenecen al cielo que a la tierra...Y hemos establecido la mediocridad como la condición común para todos los otros, para los cristianos normales...

La fiesta de todos los santos nos ha de obligar a realizar la operación inversa: en vez de alejarnos, acercarnos a ellos...

La fiesta de hoy nos obliga a tomar nota de una santidad cercana, con el vestido de todos los días, de una santidad a nuestro alcance...

Santo es aquel que alcanza la grandeza envuelto en los trapos de nuestra vida de cada día.

Santo es aquel capaz de realizar una obra de arte con material ordinario y pobre...

Los innumerables santos que hoy recordamos no se van a contentar con que les encendamos algún cirio o les hagamos alguna súplica...

El evangelio de hoy nos ha presentado una serie de “bienaventuranzas” ...

Se trata de distintas posibilidades, que nos ofrece Cristo. Sería oportuno, por lo menos probar.

(D)

Queremos una parroquia que se preocupe de los muertos; pero, por favor, queremos una parroquia que se preocupe más de los vivos que de los muertos.

Un escritor escribía lo siguiente: Esta mañana he recibido esta terrible noticia: «Eduardo ha muerto». Eduardo era amigo mío y se ha suicidado. Eduardo, mi querido amigo, ¿por qué lo has hecho? ¡Quién lo sabe! ¿Tal vez porque te faltó una verdadera amistad, la que hace que el peso que se lleva a cuentas resulta menos pesado porque otros lo llevan contigo?

Voy a ir al entierro. Eduardo, estoy seguro de que nunca habrías imaginado la décima parte de las alabanzas que vamos a darte ahora. Seguramente con la mitad o la cuarta parte de esas alabanzas, si te las hubiéramos dado en vida, no te hubieras suicidado porque te darías cuenta de lo importante que eras tú en la vida.

Eduardo, hoy he hecho casi doscientos kilómetros para pasar la tarde contigo, cuando estabas muerto; pero cuando estabas vivo, yo nunca hice unos cuantos kilómetros para pasar la tarde contigo. ¿Por qué la amistad sólo se expresa ante un cadáver y no ante un rostro de carne y hueso que vive, mira y espera? Eduardo, te prometo que en adelante me voy a preocupar más de los vivos que de los muertos.

Hermanos, una parroquia que celebra la esperanza en Cristo con la misa, cuando un miembro de la comunidad se muere, debe aprender a preocuparse de los vivos. Dejadme que grite: No esperes a que la gente se muera para quererla. A veces las muestras de cariño se las damos después de que se ha muerto. A veces llenamos las carrozas de flores; y cuando esa persona estaba viva, nunca o casi nunca le hemos regalado una flor; aunque lo más importante no son las flores.

Un maestro les preguntó a sus discípulos si sabrían decir cuándo acaba la noche y empieza el día. Uno de ellos dijo:

-Cuando ves un animal a distancia y puedes distinguir si es una vaca o un caballo.

-No -dijo el maestro.

-Cuando a lo lejos puedes distinguir una oveja de una cabra -dijo otro discípulo.

-Tampoco es así -contestó el maestro.

-Entonces, ¿cuándo, maestro? -preguntaron los discípulos.

Contestó el maestro: cuando miras a un hombre o a una mujer al rostro y reconoces en él a tu hermano, cuando miras a la cara a una mujer y reconoces en ella a tu hermana y vives en conformidad con ese descubrimiento, entonces se ha acabado la noche y nace el día.

Hermanos, para el que reconoce a los demás como hermanos y vive en conformidad con este descubrimiento ha amanecido para él. Ya no anda en la oscuridad, porque sigue a Jesús. Y Jesús ha dicho: Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad.

Tengamos presentes estas palabras de Cristo y no esperemos a que la gente se muera para quererla.